
UNA UNIVERSIDAD ESTANCADA

POR José Fernández Vega (UBA-CONICET)

¿Normalización?

Los discursos políticos que circulan dentro de la universidad suelen resultar retóricos; repiten lugares comunes o consignas vaciadas por el tiempo: la defensa de la gratuidad o de la educación pública. Valores a defender, sin duda, pero cada vez más neutralizados si no se basan en una visión informada. ¿Qué significan esos valores hoy? Y, sobre todo, ¿qué se encubre bajo el compacto consenso sobre su vigencia inmortal?

La información dura, por su parte, resulta curiosamente insuficiente para una interpretación política seria y actualizada. El último censo docente se llevó a cabo hace casi una década y las publicaciones estadísticas son parciales. De acuerdo con el Estatuto Universitario –la “Constitución” de la UBA¹, los ciudadanos plenos de su cuerpo político son los profesores regulares (plenarios, titulares, asociados y ahora también los adjuntos). La plenitud de su poder electoral radica en que dominan los órganos de decisión cuyos presidentes deben elegirse entre los integrantes de ese claustro. Sin embargo, ninguna información pública aclara su número actual (aunque los padrones electorales sean, por cierto, continuamente depurados). El último censo docente (2004) mostraba que en la UBA había 3628 profesores regulares, y otros 3848 interinos.² Los primeros eran ciudadanos con derechos, los segundos, invitados al paraíso sin voz ni voto en ese claustro, votan como graduados.

Dichos datos permiten clarificar la amplitud de dos fenómenos. Por un lado, evidencian las limitaciones de la “normalización” de la UBA en la cual, después de dos décadas de democracia, se habían concursado menos de la mitad de los cargos existentes (no hablemos de los que quedaban por crear). Por el otro, la dimensión de la nobleza institucional que, como consecuencia de aquellas limitaciones y de otras derivadas del restrictivo Estatuto, domina la UBA, puesto que es decisiva en las elecciones de sus autoridades.

En otras palabras, 3628 profesores eran ciudadanos plenos sobre un total de 37.242 docentes. Esta última cifra comprende todas las categorías, entre ellas la de los docentes auxiliares (JTP y ayudantes), que sumaban 26.756. Los auxiliares votan en el claustro de graduados, a la par de aquellos diplomados en la UBA que no tienen relación con la vida universitaria. A la luz de estos números, el claustro de profesores, parece políticamente regulada por mecanismos propios de los regímenes de notables decimonónicos. Su funcionamiento merecería un examen más detallado, puesto que, por cierto, no constituye un grupo homogéneo y contiene disidentes.

Es claro, además, que en la cúspide del gobierno de la UBA hallamos una plutocracia que repite profesiones de fe democráticas pero monopoliza los actos administrativos, el acceso a la información y, por supuesto, los recursos. Quienes la componen, tanto como las medidas estratégicas que toman, suelen permanecer en las sombras no sólo para la opinión pública, sino para la propia comunidad universitaria.

Dos autonomías

En su fallo en minoría sobre la ley de reforma del poder judicial, el juez Eugenio Zaffaroni incluyó un pasaje que permite una útil analogía. Allí explicó que la libertad de los jueces que actuarían en el Consejo de la Magistratura puede entenderse de dos maneras: como independencia *externa* respecto de los restantes poderes del Estado (y fácticos en general), pero también como independencia *interna* respecto de las instancias superiores del propio poder judicial. Si esos jueces estuvieran sujetos a una cadena vertical de mando a la hora de tomar decisiones, entonces podríamos hablar de una corporación judicial.³

Esa discriminación conceptual se puede aplicar a la noción de autonomía universitaria. La institución debe ser financiada por el Estado, pero no gobernada o dirigida por éste. Ello corresponde a su autonomía *externa*. Podríamos decir que dicha autonomía existe en la actualidad, aún cuando no se realice completamente.

Es evidente que los universitarios deben acatar las disposiciones del poder tripartito de la universidad puesto que "ellos mismos lo eligieron". También es cierto que la autonomía, entendida como libertad de enseñanza o de cátedra, no se halla vulnerada en lo esencial, acaso porque las ideas ya

importan poco. Pero, ¿son los universitarios autónomos respecto de los poderes *internos*?

Hay motivos para dar una respuesta negativa a esa pregunta. Consideremos un ejemplo extremo –pero nada marginal– de la historia reciente. Oscar Schuberoﬀ fue elegido rector en 1985 por una conflictiva Asamblea Universitaria tras la gestión “normalizadora” interina de Francisco Delich. Retuvo el cargo hasta 2002, es decir, durante cuatro períodos consecutivos o dieciséis años. Sus principales reivindicaciones fueron la defensa de la autonomía y la gratuidad del grado frente a los intentos de sometimiento y arancelamiento del menemismo.

Cuando Schuberoﬀ falleció, en julio de 2010, las notas necrológicas (de cualquier diario que se consulte) destacaban que había prescripto la causa por “omisión maliciosa” de nueve propiedades en EEUU iniciada por la Oficina Anticorrupción.⁴ Algunos de sus principales colaboradores continuaron en sus puestos en la dirección de la UBA.

Lo que esta historia viene a cuestionar es aquella ilusión heredada de la Ilustración según la cual una comunidad de personas educadas jamás consentiría el dominio de un tipo de poder oligárquico. Una mayor formación ampliaría los márgenes de libertad subjetiva y pública e impondría demandas de mayor participación y transparencia. Todos aspirarían a la ciudadanía. Al cabo de los años, la gestión Schuberoﬀ, nunca criticada frontalmente por muchos de quienes hoy defienden en los medios los valores republicanos y fungieron como académicos influyentes bajo su sólida hegemonía, parece desmentir unas nociones muy arraigadas en la conciencia democrática.

Otra cosa, por cierto, es la evaluación de los concursos para elegir profesores, los ciudadanos plenos de la UBA. Todo el mundo sabe que dichos trámites se realizan tarde, mal y nunca. El Rectorado los sigue anunciando en carteleras y periódicos, apenas recurre a Internet. La información se expone para cumplir con las formalidades, pero es mejor que no circule ampliamente. Esa es su interpretación de lo público.

Para ser justos, la opacidad de los actos administrativos de la UBA sobre un asunto tan sensible como los concursos encuentra involuntario sustento en algunas costumbres. Los concursos son públicos, pero nunca tienen público: ni los estudiantes ni menos aún los profesores, asisten a las pruebas de oposición, la mejor manera de controlar el proceso. Es evidente que los concursos no funcionan. Debe modificarse el método de selección de personal docente en la UBA.

Mientras esto no acontezca, resulta grave que la política estudiantil sea tan ajena a la elección de quienes serán los educadores, ciudadanos privilegiados de la autonomía y, además, casi vitalicios (apenas se conocen casos de profesores regulares que pierdan sus posiciones). Los gremios docentes tampoco impulsan la realización de concursos abiertos, pues entrarían en tensión con la necesaria estabilidad laboral de sus afiliados. Las preguntas pendientes, en consecuencia, y más allá de toda retórica, son las siguientes: ¿hay autonomía *real* en la UBA? ¿Tiene alguna vitalidad su democracia interna más allá de las elecciones regulares?

La UBA es una institución con un peso político a la vez discreto y enorme, fundado en su antiguo prestigio pero también en motivos que podríamos llamar demográficos. Su población total supera a la Santa Cruz o Tierra del Fuego, y es mayor que la de muchas ciudades del país.⁵ Esa población proviene de estratos cuyos reclamos pueden contar con mucha capacidad de presión debido a su visibilidad social y mediática.

La autonomía de la UBA debe ser replanteada. Sus patologías se han reproducido y ampliado en nuevas universidades asentadas a su alrededor, en el conurbano bonaerense. Pocas de ellas han logrado escapar al caudillismo gestor que controla presupuestos y recluta docentes y administrativos sobre bases clientelares o nepotistas, y luego los regulariza mediante concursos oscuros.

Las carreras

Cada generación se plantea un cambio de plan de estudios en las carreras de la UBA. El debate es largo y desinformado; el trámite de aprobación se vuelve eterno porque debe atravesar distintas instancias en una institución fuertemente piramidal. Cada pequeño paso administrativo de carreras y facultades se decide entre cuatro paredes en el Rectorado. Por benévolo que fuera, ese poder central se encuentra siempre lejos del terreno en un mundo donde se requieren respuestas flexibles.

En cuanto a los planes, los estudiantes se fascinan con los nombres de materias imaginarias, pero no reparan en los profesores que van a dictarlas. ¿Qué relevancia tiene la denominación de una asignatura si no se discute cómo se van a seleccionar los docentes? Además, las discusiones sobre la reforma de las carreras de la UBA suelen partir del respeto por la piramida concepción que

las separa entre sí de manera tajante. A lo sumo, se permite que un estudiante pueda cursar algún seminario o materia de otras carreras.

Los debates suelen ser muy parroquiales y dan la espalda no sólo al contexto nacional sino al internacional. Muchas carreras en otras ciudades del país –por no hablar de las privadas– tienen menos materias, son más breves. Carecen, además, de ese año extra de CBC que la gestión Schuberoff diseñó como una alternativa perfecta al examen de ingreso, puesto que uno convencional era políticamente inviable.

Cada año, en el CBC se asiste a la deserción de al menos la mitad de los inscriptos. El argumento que lo fundó –lejos de debilitarse con el tiempo– se fortaleció: el secundario es el peor nivel de nuestro sistema educativo y, salvo excepciones, no prepara adecuadamente a los estudiantes para la Universidad. Nuestra educación superior, orgullosa de su carácter público y de la gloriosa reforma universitaria de 1918 se vuelve, en los hechos, una selva darwiniana desde el momento del ingreso. Por otro lado, excepto en el caso de la Facultad de Filosofía y Letras, donde son apenas más menos que la mitad, la mayoría de los estudiantes universitarios proviene de secundarias privadas, según el Censo de estudiantes de 2011.⁶

En la Europa comunitaria se impuso el llamado plan Bologna, que homologa carreras y posgrados asignando créditos por materia. Permite la circulación de estudiantes por instituciones del continente, el reconocimiento de sus cursos y diplomas, y el intercambio de profesores. El grado establece 3 o 4 años de estudios; las maestrías duran 1 o 2 años. Un licenciado de la UBA, en el mejor de los casos, obtiene su diploma a la misma edad que en Europa se consigue un máster.

Luego viene el extenso doctorado argentino, al que la universidad se ocupa de poner todo tipo de trabas: trámites interminables, comisiones que demoran sus decisiones e imponen cursos que distraen la atención de los doctorandos sin contribuir, por lo general, a sus especializaciones (puesto que la oferta de cursos es limitada y, desde luego, tampoco podría cubrir todo el espectro posible). Con suerte, los doctorados se titulan a tiempo para presentarse al Conicet, donde se establecieron límites de edad para aspirantes a becarios o investigadores.

El rígido sistema educativo nacional pasa por ser muy democrático, puesto que es gratuito, algo que sin duda se volvió parte de nuestra identidad. La derecha, en una de sus muchas intervenciones en las que asume argumentos progresistas, le reprocha a la UBA que no ofrezca ni buenas ni muchas becas porque los hijos de

familias prósperas estudian sin pagar y los menos favorecidos acaban desertando o migrando –muchas veces por motivos laborales– hacia la educación privada.

En otros países la situación es distinta, y no redundando en mayor nivel académico. Nuestro vecino Chile tiene una educación cara, de ningún modo más “competitiva” y que genera jóvenes diplomados llenos de deudas. Los estudiantes vienen protestando contra el sistema, o a veces incluso emigran a la Argentina, donde por el precio de la matrícula chilena pueden estudiar gratis (o incluso pagar una privada) y además mantenerse.⁷ Michelle Bachelet, favorita como próxima mandataria de Chile, prometió una reforma educativa.

Salvando las obvias distancias, en EEUU la situación se deja comparar con la chilena. Las universidades advirtieron que sus graduados multiplicaban sus ingresos al ingresar en la vida profesional y por eso en los últimos años multiplicaron sus ya altas tarifas que muchos afrontaron con créditos difíciles de devolver en los primeros años de profesión o en contextos de crisis económica. En un país judicializado, algunos querellaron a las universidades que les pintaron futuros tan promisorios como falsos para sus carreras. Cursar doctorados implica una inversión de tiempo y de dinero raramente recompensada tras obtener el título.⁸ Pero no todo se hace por dinero.

Humanidades

La revolución tecnológica en curso afecta de lleno a los estudios humanísticos. Los beneficia en parte, puesto que les brinda herramientas para investigar, especialmente favorables en contextos donde las bibliotecas están muy desactualizadas o repelen a quienes buscan publicaciones. Pero también plantean posibles amenazas. ¿Existirán los libros en el futuro? ¿Serán objetos exclusivos para una elite cultural en los márgenes? ¿Habrá lectores, o sólo gente hipnotizada por las pantallas, incapaz de fijar la atención en un texto exigente? Estos y otros posibles horizontes implican grandes desafíos para la transformación de la enseñanza universitaria. ¿Se convertirá la universidad en un centro de entrenamiento profesional, orientado sólo a suplir las necesidades del mercado? Este último es el reproche que muchos elevaron al plan Bologna.⁹

¿Será cierto que a través de Internet las universidades más renombradas tendrán millones de alumnos localizados en cualquier parte del mundo? En EEUU ya hay reacciones contra las materias *on-line* cuyos derechos compran

universidades periféricas, relegando a sus propios profesores al papel de administradores de los video-cursos de las grandes estrellas de los centros de "primera línea". Es probable que el futuro no sea tal como lo imaginamos ahora; las perspectivas que sobre él nos hacemos hoy siempre tienden a ser apocalípticas o complacientes. Pero es indudable que atravesamos una etapa de cambios y la UBA sigue estancada.

En ella persiste la tradición decimonónica de los teóricos y los prácticos. Los profesores, como los actores y los políticos para Walter Benjamin, hablan para el grabador, dado que pocos estudiantes pueden o quieren concurrir a unas largas exposiciones, y prefieren las ediciones de las clases teóricas. En este sistema cristalizado se pierde el contacto personal. En el enfoque repetitivo que moldea la enseñanza, los estudiantes apenas practican la escritura, algo esencial en las humanidades. Sin embargo, al final de sus estudios, se ven obligados a convertirse en escritores de largas tesis originales. Si se deciden por la investigación, tendrán, además, que multiplicar publicaciones en un sistema regido por la "bibliometría" formal.

En tiempos nada remotos –que tampoco conviene idealizar– muchos estudiantes mantenían una relación utilitaria y selectiva con los estudios humanísticos. Tomaban de la universidad lo que ella estaba en condiciones de ofrecer: algunos buenos cursos y la acreditación final. La formación se completaba en mesas de bares, grupos de estudios, revistas, la frecuentación de circuitos culturales o la participación en la vida política. De alguna manera, adaptando el chiste de Mark Twain, no dejaban que la academia interfiriera en su educación.

Las condiciones cambiaron. Siguiendo una tendencia social más amplia, los espacios públicos se desertificaron. Ahora son virtuales, en el mejor de los casos. Un proceso de disciplinamiento burocrático de las trayectorias académicas, combinado con las dificultades que aquí y en casi todo el mundo tienen los jóvenes para ingresar en el mercado laboral, hacen que la experiencia de la universidad se fragmente y se vuelva poco sustancial para la vida de los estudiantes.¹⁰

Del lado del mundo más "adulto", a los jóvenes se les reprocha falta de compromiso e individualismo. La siguiente opinión, elegida al azar, quizá condense algo de lo que se piensa de ellos en relación con los estudios superiores: "Forman parte de la generación Y (nacidos entre 1982 y 1994) y vienen con un esquema de estilo de vida diferente 'Se formaron en una sociedad con una fuerte cultura de servicios, por lo que suelen considerar la educación como elemento de consumo

y beneficio inmediato. No buscan 'cultura' sino conocimiento rápido, fácil y entrenado para maximizar el costo-beneficio del tiempo que invirtieron en él".¹¹

Las visiones economicistas arguyen un grave déficit de "rendimiento" en la UBA, puesto que tiene demasiados alumnos y pocos de ellos se reciben.¹² Estos enfoques se enfrentaban con el argumento, quizá débil, según el cual la masividad de la UBA elevaba el nivel cultural general y, por añadidura, la calidad de la fuerza de trabajo de todos aquellos que abandonaban el sistema. Medido en términos económicos, era muy ineficiente; considerado desde un punto de vista más amplio, era todo lo contrario porque contribuía a elevar la integración social y la cultura general. Desde luego, no hay que olvidar en estas especulaciones la frustración personal de quien va en busca de un título y no lo consigue.

Por lo demás, la cantidad de inscripciones a las carreras humanísticas desciende cada año (conoció algunos aumentos episódicos en el pasado reciente). La deserción sigue siendo alta, y las oportunidades de trabajo específicas para los graduados se reducen a la investigación en el CONICET o a la enseñanza. En el campo universitario, las oportunidades para ingresar a la docencia son escasas. El vuelo hacia posiciones académicas se encuentra sobrevendido desde hace varias temporadas y es causa de conflictos personales y abatimiento, pero apenas de alguna reacción política. La reforma educativa que propone ahora el gobierno de la Ciudad de Buenos Aires reduce todavía más las posibilidades de empleo en la escuela media. El laberinto ocupacional de los recién graduados se completa con los conflictos de acreditación y la competencia con los egresados de los profesorado de enseñanza secundaria.

En un panorama semejante la decisión de estudiar humanidades parece ciega o heroica. La institución no da señales de facilitar las cosas. Los signos que en el pasado orientaban a la universidad, a sus alumnos y su enseñanza, y eran la base de su prestigio, ahora se encuentran en rápida rotación. Pero la UBA sigue anclada en un punto fijo. Burocratiza la investigación, pero no se moderniza pedagógicamente. Mejora su administración, aunque no su manera de transmitir conocimiento y estimularlo. El debate sobre su futuro es o bien retórico, o bien inexistente, justo cuando es preciso definir una estrategia de transformación. La alternativa vigente en la UBA es innegablemente argentina: pedir prórroga.

¹ El Estatuto es de 1960 y fue ratificado en 1983. Véanse los arts. 93 (donde estipula que los decanos, siempre profesores, son miembros del Consejo Superior, conformado además por 5 representantes de cada claustro), 95, 107, 114 y 119 (los adjuntos, pese al texto de este último artículo, pueden votar ahora sin otros requisitos). El Estatuto se puede consultar on-line: <http://www.uba.ar/download/institucional/uba/9-32.pdf>

² Hay otras categorías marginales (consultos, eméritos, etc.) que no fueron tenidas en cuenta en las cifras ofrecidas en el texto cuya fuente es: *Censo Docente 2004*. UBA. Secretaría de Asuntos Académicos, cuadro 7, p. 497. Disponible en la web: <http://www.uba.ar/institucional/contenidos.php?id=194> Punto 16, pág. 63 del fallo mencionado en el texto. Disponible en la web del Centro de Información Judicial: <http://www.cij.gov.ar/adj/pdfs/ADJ-0.921485001371646967.pdf>

³ Punto 16, pág. 63 del fallo mencionado en el texto. Disponible en la web del Centro de Información Judicial: <http://www.cij.gov.ar/adj/pdfs/ADJ-0.921485001371646967.pdf> http://www.clarin.com/politica/Suprema-Justicia-Consejo-Magistratura-CIJ_CLAFIL20130618_0003.pdf

⁴ "Falleció el ex rector de la UBA Oscar Schuberoff", *La Nación*, 19/7/2010.
<http://www.lanacion.com.ar/1286272-fallecio-el-ex-rector-de-la-uba-oscar-shuberoff>

⁵ La UBA, según el censo 2011, tiene 262.932 estudiantes, sin contar docentes o no-docentes: <http://www.uba.ar/institucional/censos/Estudiantes2011/estudiantes%202011.pdf> Es quizá útil una rápida comparación de estos datos con los del Censo Nacional de 2010: <http://www.censo2010.indec.gov.ar/>

⁶ Pese a la retórica habitual, las universidades privadas son una mitad del sistema universitario y ofrecen carreras más breves y en general organizadas de manera más escolar. Para una interesante interpretación los datos del censo de estudiantes 2011, que adopta un tono progresista pero es en realidad conservadora: Alieto Guadagni, "Una universidad más equitativa", *Criterio* (Buenos Aires) N° 2394, julio 2013. Disponible en la web: http://www.revistacriterio.com.ar/politica-economia/una-universidadmasequitativa/?utm_source=feedburner&utm_medium=email&utm_campaign=Feed%3A+RevistaCriterio+%28Revista+Criterio%29 Del mismo autor, también: "Inclusión social para la UBA" *La Nación*, 8/2/2013.

⁷ Por motivos que no vamos a analizar aquí, las privadas son quienes captan a los estudiantes extranjeros, la mayoría latinoamericanos, aunque en la UBA su población aumentó más de 200% según el

censo 2011. M. E. Pintos, "En cinco años aumentó un 67% la cantidad de estudiantes extranjeros", *Clarín*, 6/5/2013.

⁸ "The disposable academic", *The Economist*, Londres, 18/12/2010.

<http://www.economist.com/node/17723223?spc=scode&spv=xm&ah=9d7f7ab945510a56fa6d37c30b6f1709>

⁹ Ejemplos locales no faltan. Sólo un caso: "Este año, la Universidad Católica Argentina (UCA) agregó a su oferta académica la Licenciatura en Comunicación Digital Interactiva. Para diseñar su programa hicieron un sondeo entre las principales empresas de servicios". "Las universidades se adaptan a las preferencias de los jóvenes", *Clarín*, 8/7/2013. http://www.clarin.com/educacion/universidades-adaptan-preferencias-jovenes_0_952104786.html

¹⁰ J. J. Aunión, "Estudiar y trabajar a la vez, una carrera de obstáculos en España" *El País*, Madrid, 8/7/2013. http://sociedad.elpais.com/sociedad/2013/07/07/actualidad/1373215951_649500.html. En la misma edición del diario, una nota sobre los graduados de la OCDE que ni siguen estudiando ni consiguieron trabajo, con especial referencia a España: http://sociedad.elpais.com/sociedad/2013/07/07/actualidad/1373214222_007981.html

¹¹ Las declaraciones citadas son de un consultor en temas laborales: Elena Peralta, "Los padres ya casi no influyen cuando sus hijos eligen carrera", *Clarín*, 7/7/2013. http://www.clarin.com/educacion/padres-influyen-hijos-eligen-carrera_0_952104782.html

¹² Por mencionar un caso: en diez años, entre 1999 y 2009, en la carrera de filosofía se recibieron apenas 304; cifra excesiva para las oportunidades existentes, pero mínima si se la compara con el total de alumnos. En el mismo período, en toda la facultad hubo 5159 titulados. Secretaría de Asuntos Académicos, FFyL-UBA, "Distribución histórica y actual de cargos docentes, rentas y alumnos", diciembre de 2009. (mimeo), p. 7. Este documento registra también la caída de las inscripciones. El año 2009 aporta el dato más bajo desde 1996 (los dos años anteriores marcaban la tendencia declinante). También el nivel de deserción. La media es un 51,8%; en la carrera de filosofía, 58% (cuadro 9, p. 6). Para una discusión sobre la tasa de graduación universitaria y una comparación crítica con los usuales ejemplos de Chile y Brasil, pero sin profundizar en el diagnóstico argentino: Adriana Clemente, "Hablando de educación superior", *Página 12*, 5/7/2013. <http://www.pagina12.com.ar/diario/universidad/10-223744-2013-07-05.html>